

EL IMPACIENTE

Visto al través del lente

del

Dr. Miguel Antonio Garrido



IMPRENTA MOYA
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1941



E
L

I
M
P
A
C
I
E
N
T
E

*Visto al través del
lente del
Dr. Miguel Antonio Garrido.*

*C. Lanzajéhal Blanco
Estudio.*



IMPRESA MOYA
CIUDAD TRUJILLO. R. D.

1941



32989
lig

Juan D. D. / M. S. L.

BNPWS
PO. IV.
179.9
G. 241.2



BD
F 1,238

EL IMPACIENTE

Visto al través del lente

del

Dr. Miguel Antonio Garrido.

Somos temperamentalmente un Pueblo impaciente. Medularmente impaciente. No podemos esperar sin desesperar. Casi todos ignoramos que la paciencia, es un árbol, difícil en verdad de cultivar, pero cuyos frutos nos proporcionarían á veces mayor satisfacción que un deleite.

Raro sería encontrar entre nosotros, un solo corazón, en quien un minuto de espera no exaspere. Eso en parte es lamentable, pero, positivamente es así.

Es que a ser paciente se aprende, como se aprende con intención deliberada, a ser compositor o sembrador.

De aquí, que los males a que nuestra impaciencia nos conduce, no provienen de esperar, si no de no saber esperar.

Larrau de Vére decía, que en la vida, hay dos ciencias difíciles de adquirir. La primera es, comprender. La segunda, esperar.

Pero, esperar no significaría así angustiarse, ni adoptar tampoco una actitud pasiva de expectativa inerte. El problema es más complejo. El toca el fondo sensible de nuestros cambios íntimos. Se trata de un problema vital. Qué es la vida, sino una eterna espera? Todo en

fin de cuentas, se reduce, a desear comprender y saber esperar.

En la perturbación de una espera, las horas nos parecen siglos. El minuterero camina como un ébrio. Si dá un paso hacia adelante dá dos pasos hacia atrás.

Por eso, la actitud de un corazón en espera, es un desfogue. Inquietud, alegría, dolor, sospechas, dudas, desconfianzas y enfriamientos, rondan y engendran visiones.....

De aquí, que en la duración de la espera, nuestra visión alcance lo que vé y lo que no vé. Enfoca con animación y gallardía un más allá, y en el disfrute sinuoso de sus rasgos, su expresión, en lenguajes diferentes, dificulta comprenderse uno a otros.

La espera es un termómetro. En el espíritu impaciente, marca con relativa frecuencia su máximo térmico. Porque el impaciente es un fiebroso. Es la chispa que surge luminosa del yunque del forjador. Es una fuerza en tensión con sujeción a un rumbo: el temperamento. Es en pocas palabras, un proceso de combustión del sentimiento, donde las transiciones suaves, los matices, los ascensos lentos etc. no se acomodan muy bien a la subitaneidad de sus virajes.....

Si esto es así, contra quién tendría siempre que lidiar el impaciente? Pues tendría siempre que lidiar contra el ángel, contra su Dios interior, contra el ritmo sin alas, contra el resalto brusco, contra todo lo tardío y angustioso. El no conoce el apaciguamiento en sus dulces manifestaciones sino su caricatura. Su repentismo lo tienen casi siempre suspendido en el aire como el sepulcro de Mahoma.

De donde, lo heterogéneo de su acervo. Pruritos de agitación, ramplonería de plebeyismo, truculencias, perfiles simplicistas en divorcio con la realidad de la vida.

En ocasiones, participa de la elevación de la epopeya. Colinda con lo sublime y se hace héroe o se cubre de gloria, y se hace mártir.

Es curioso observar al impaciente, cuando, se transforma del todo, en un impulso, sin ninguna manifestación de contrarresto. Diríase ser un gesto instintivo que, como instinto, desconoce todos los prodigios de la Diosa Razón. Es entonces, cuando él forma parte de la tripulación aquella, que por hacerle daño al capitán, hundió el barco y pereció toda. Lo que deseamos significar, es que, en la brusquedad de sus crisis, el impaciente medita muy mal el alcance de sus brotes.

Pero la impaciencia como todo en la vida, tiene sus grados. Aunque viva siempre entre las sombras que su fondo orgánico ha creado, lucha a veces por cultivar la capacidad de esperar. Es en esa lucha, en donde, la irritación, la aspereza, la acritud, la amargura, la intolerancia, la contradicción, las intermitencias y la inestabilidad, le crean un conjunto díscolo que la colocan casi siempre en una actitud, inconciliadora y pesimista. Y es en este conjunto también, en donde por querer desaparecer todos los cactus de la tierra, se olvida á veces que hay estrellas y constelaciones en los cielos....

Por eso, el impaciente se atormenta por lo que pasa y por lo que pueda pasar. Es un espíritu enfadado, en dificultad para sacar el mejor partido de la Vida. Diríase que una especie de rebeldía íntima, le crea una especie de fantasía cesarista que lo concilia mui mal con la cualidad del soñador.

Su humorismo carece a veces, de esa esencia conciliadora, que enardece al alma, en atisbos de flirteos. Es más bien función de un tipo de homocromia mimética; defensa que él podría bien disminuir o aumentar o sería algo que el procuraría bien mostrar, en protección de un interés.

Nada sería más riesgosa que la improvisación oratoria del corazón impaciente. Expone a ver una paja en cualquier ojo y no una viga en el suyo. Es curioso, que por mirar un árbol, descuide un bosque. Quiere ver de un golpe de buril, la expresión de la estatuaria. En un solo copo de espuma, encierra la variedad de las madréporas. Actúa, como si buscara la mayor suma de utilidad con el menor sacrificio.

Sus vuelos májicos lo condenan siempre a un trance de agravio serio con la colectividad.

Y todo porque él ignora el valor de la paciencia, que es el valor de todos los días. Decía Paul Nyssens, que la paciencia es una virtud preciosa, que nos hace infinitamente amables, gracias a la cual podemos calmar, endulzar, conciliarnos con las naturalezas agrias, que nos dá una gran paz íntima, inmunizándonos contra la irritación, la suceptibilidad, la cólera y el rencor.

En la Vida, la paciencia vale más que la destreza de la habilidad. Para el genio de Solís, en la guerra vale más la paciencia que las manos.

Cuenta Andrés Maurois, que un día, como se discutiera delante de Williams Pitt sobre la cualidad más importante de los hombres de Estado, uno de los interlocutores mencionó la "capacidad de trabajo". Otro habló de la energía. Alguien mencionó la elocuencia. No, dijo Pitt, la cualidad esencial de un hombre de Estado es la Paciencia.

Paciencia es perseverancia. Constancia en el esfuerzo. Es la gota de agua que taladra la roca, según una feliz expresión de Rodó. Decía un floricultor, cada vez que abandono mi jardín por un tiempo, lo veo rápidamente invadido por las malas hierbas.

Es que perseverar es triunfar. Observar un fenómeno, provocarlo si necesario fuere, seguirlo días, meses,

años, en sus diferentes faces, analizarlo, dejar a la imaginación la parte que en derecho corresponda, interpretar cada rasgo, relacionarlo con algo que haya tenido la sanción de la experiencia, son normas de conducta maestra, que conducen, con un buen porcentaje de probabilidad a la realización de un éxito.

Como aquí entre nosotros, la paciencia no ha llegado a ser "flor de cultivo", es natural que todo idilio quede trunco, queremos decir, toda ideación sin solución.

Cuando con relativa frecuencia, nos informa la Prensa del mundo, del número de años, que un sabio prosiguió con paciencia, los resultados de sus investigaciones, una sonrisa de incredulidad nos acompaña, porque nuestra temperamental impaciencia, no nos hace concebir la consagración de una vida, como factor decisivo de un éxito. Ignoramos, que lo fácil de adquirir por la paciencia, sería por la impaciencia difícil.

Y no creemos, que seamos así, ni por imitación, ni por educación. Somos así, impacientes, inestables, turbulentos y explosivos por temperamento. Es el tipo o forma de nuestro temperamento, el responsable de nuestro estado casi constante de electrificación. Dijérase, que en casi todos los dominicanos hay una botella de Leyden. Nos conducimos de modo muy semejante al "Efimero". El Efimero es una mosca, en quien, según Michelet, la vida y la muerte se confunden. Y en efecto, todo en nosotros se resuelve en un estado de asociación por contraste. Un solo deseo no nace, sin que, acto seguido, otro contrario entorpezca su desenvolvimiento. Somos juego de una preponderancia alterna de dos grupos bien definidos de tendencias. Nos encanta la celeridad del relámpago. Cara ó Cruz. Negro ó Blanco. Familiaridad ó menosprecio. Amor infinito ú odio iracundo.

Los matices son casi siempre privilegios de los que cultivan la capacidad de esperar.

Por eso, cada vez que la esperanza convierte en realidad el objeto de nuestros deseos, advertiremos que el objeto no tenía para nosotros, el valor que le atribuíamos. Yo entiendo, que el corazón humano no se cansa jamás de desear por que la satisfacción de un deseo, despierta siempre en él, la necesidad de otro deseo; pero, es que aquí, entre nosotros, el cuadro es diferente, todo toma aspecto de rabión sin freno, de flecha acerada, vertiginosa y loca. No asoma en nosotros un solo rasgo de generosidad, que no se pierda inmediatamente en la iracundia.

Así las cosas, sería de suponerse, que llevemos siempre en nuestro jardín interior, un torneo de índole trágica. Pero, la verdad es otra. Lo que llevamos casi siempre en nuestro jardín interior, en incubación, es una gesta. Es la mochila del soldado y el bastón del mariscal. Es un ímpetu marcial en delirio, transfigurado siempre en audaces efectos teatrales.

El corazón del dominicano se parece mucho, al corazón errabundo de los pájaros, en aquello de atravesar la vida, derramando en cada vuelo, un gorgojo diferente en tonalidad y en vibración.

Es que el impaciente entre nosotros, ha abdicado en la vida la facultad de pensar?

Líbrenos Dios de incurrir en semejante desatino. No siempre la medida de la cosa, da la medida de su importancia. Tenemos al impaciente por un hombre, que las más de las veces oculta una cualidad de entronque digno; y esto apesar de estar convertido en ciervo de sus propias condiciones; y justamente, son estas condiciones, las que hacen de su actitud una lucha, entre la aparente riqueza de los medios y la pobreza de sus resultados. La vida para nuestro impaciente, es casi siempre un mal negocio, por que con dificultad puede cubrir los gastos que representa.

No habría que perder de vista, que el temperamento, tiene un influjo manifiesto sobre la felicidad y el engrandecimiento de los Pueblos. Birán decía, que las fuentes del Bien y del Mal, están siempre en función entre nosotros mismos. Esas diminutas sensaciones, que determinan nuestras disposiciones espirituales, son las que dirigen el curso de nuestros sentimientos; iba a decir de nuestras pasiones.

Se ha dicho que la vida es para cada corazón lo que éste la haya hecho, pero, esto, es en verdad muy discutible. Los progresos de la medicina y de la higiene, no han dicho á este respecto su última palabra.

Es qué el ser humano como el agua que corre, podría formar su propio cauce?... Dicho de otro modo: "la educación, no en el sentido de dar una carrera para vivir, sino de templar el alma para la Vida", podría modificar un tipo determinado de temperamento?

El problema de la influencia de la educación en las modificaciones del temperamento, no ha adquirido aún, en el palenque de las discusiones psicológicas, el valor de las cosas juzgadas. Parece, que en el camino de esa solución, las flores se encuentran en menor proporción que las espinas.

Todo lo que sabemos a este respecto, es que, el problema es complejo y nada más.

Lo que si sabemos hoy por lo que hemos frecuentemente observado, es que, aquí, en Santo Domingo, todo lo emprendemos con ardor y nada de lo que emprendemos acabamos. Nos falta la virtud colombiana. Ignoramos que la constancia lenta y reflexiva, es el camino de Damasco, que conduce siempre en la vida a la gloriosa embriaguez de las cumbres.

Sería posible encontrar una explicación á este complejo de polarización en un determinado sentido?

Es posible que algunas podrían ser ensayadas, por que el impaciente no es caído de la luna. El es la consecuencia de un fondo orgánico que la herencia había preformado. Este fondo orgánico es el temperamento; "destino interno que impone una orientación determinada a las funciones de un ser vivo, y debe formularse en términos de la constitución química predominante, según que ésta dé predominancia al gasto o al ahorro".

Para las ciencias biológicas, todas las estructuras anatómicas como todas las funciones fisiológicas, podrían ser interpretadas, como *cambios constructivos y destructivos* de la materia viva; cualquiera que sea el grado a que estos cambios se eleven, habrían siempre en ellos, tendencias al gasto ó al ahorro, a la integración ó a la desintegración o como dicen los fisiólogos, a la asimilación ó a la desasimilación. Para Fuillée: el modo y la proporción de los cambios *destructivos* en el funcionamiento orgánico, produciría el temperamento. La integración según él, tendría una dirección centrípeta, la desintegración centrífuga. La primera sería un fenómeno de concentración, la segunda de expansión. Y así se encontraría en el ritmo de la vida, la antítesis de las fuerzas que dominan la teoría seductora de la atracción universal.

Toda la clasificación de los temperamentos respondería a la predominancia exclusiva de estos cambios. De aquí, dos formas bien definidas de temperamento: el temperamento de gastos y el temperamento de ahorro.

El temperamento activo, forma típica de temperamento de gasto a tipo de reacción pronta é intensa, sería para A. Fuillée, el que tiene a la par la capacidad y la necesidad de un gran gasto nervioso y muscular. Este, tendría a su disposición un dinamismo en reserva, esperando gastarlo a la más leve impresión exterior. Sería como un reservorio, presto a desparrarse a la más ínfima grieta. En él, todo sería meteórico y de aquí, sus frecuentes manifestaciones explosi-

vas. Pero afortunadamente, "a este mecanismo impulsivo se encuentra ligado otro de suspensión o inhibición, que desempeña un papel mui importante en la conducta".

Max Nordau decía, que el poder de inhibición, era la premisa orgánica del fenómeno moral, y nosotros, justamente entendemos, que es esta premisa, la que se encostraría en agraz, en los temperamentos activos a reacción pronta é intensa. Debe haber una relación de causa a efecto, entre la brusquedad impetuosa con poco poder de inhibición y el tiempo de duración de la descarga.

Tenemos la impresión, que es ese, el tipo de temperamento que en una proporción abrumadora nos esclaviza y nos dirige. Es él, el que aquí, entre nosotros, tantos dolores nos ha hecho sufrir, tantas lágrimas derramar y tanto luto vestir.... Por qué? Porque el temperamento activo á forma explosiva, no ha sido formado para entenderse ni aún con otro del mismo tipo o forma. Es del fondo de esta forma temperamental, de donde surgen los más violentos anatemas y las imprecaciones más extremas.

Casi todas las causas de nuestras desgracias, se reducen -en último análisis- a la manifestación dolorosa de "actos primos".

Es, que como dice el Profesor Carrel, el hombre es un conjunto indivisible de complejidad suma. Y en efecto, lo que se ve de un hombre no es todo el hombre.

El hombre como resultado de su complejidad orgánica en constante relación con el medio es un esclavo, -de quién?- del tipo fisiológico de su temperamento. En esta condición lo obedece y respeta.

Las relaciones entre la conciencia del hombre y su cerebro no han sido hasta el día de hoy, satisfactoria-

mente explicadas. De aquí, las eternas interrogaciones de los sabios: “Hasta que punto el poder de la voluntad modificaría el organismo?... De qué modo influye sobre el espíritu el estado de los órganos?... En que modo pueden ser modificadas las características orgánicas y mentales heredadas por cada individuo por el modo de vida, por las sustancias químicas contenidas en los alimentos, por el clima y disciplinas fisiológicas y morales?...”

El día hermoso, en que las ciencias biológicas, solucionen todos esos problemas, los hombres serán más felices, el mundo más dichoso. La vida interior tendría un puesto de honor en la jerarquía de los valores; y por cima de cada preocupación o desaliento, colocaríamos, a despecho de todo, la saludable alegría del vivir.



